

DML 811: Formación Espiritual para Liderazgo Global
Instructores: Dr. Javier Gómez Marrero y Dr. Mike Plunket
Trabajo Integrador
Joel D. Pantojas Caraballo

Al acercarme a este programa doctoral venía con una impresión de crecimiento intelectual enmarcado en los albores de los conceptos teológicos que me ayudarían a profundizar más en los mismos. Sin embargo, el giro diametral que vi al comenzarlo me hizo entender que más allá de conceptos, Dios trabajaría directamente en mi corazón, rompiendo esquemas y conceptos para edificarlos en Su Palabra, más allá del mero entendimiento intelectual sino de un fuerte vínculo relacional con El.

Nuestro crecimiento como líderes tiene que desarrollarse de manera holística. Crecemos física, emocional, intelectualmente, espiritual, teológica y relacionalmente. Es por esta razón que debemos entender la importancia de que Dios este inmerso en este crecimiento, haciéndonos ver, para este crecimiento, lo que pasa debajo del radar de nuestra vida. El Rev. Javier Gómez lo expone de la siguiente forma: “Dios está en el negocio del meollo y de la autenticidad, el del verdadero asunto, eso que sea que esté pasando debajo de la superficie. En otras palabras, lo que en realidad está pasando en tu enorme mundo interior: esas auténticas motivaciones, preocupaciones, supuestos, miedos no admitidos, no reconocidos o no permitidos”.

Es aquí en donde abrimos nuestro corazón teniendo la plena certeza de que “no se trata de lo que puedes hacer por otras personas, ni de lo que podemos hacer por Dios,

sino lo que solamente Dios puede y quiere hacer en, por y a través de nosotros, si dejamos que Él lo haga” (cita tomada de las notas de la clase).

Plan de Crecimiento

Tengo que admitir que llegue a esta clase en un proceso de entender que estoy roto, quebrado y vulnerable. Cosas y hábitos con los que Dios ha estado trabajando en mi vida para eliminarlos y sustituirlos por disciplinas espirituales que había dejado en el camino. Con lo primero que me enfrenté fue el entender, como decía Juan Calvino, que mi corazón es una fábrica de ídolos. Ídolos que se centraban en mi vida y me hacían pensar que, de eliminarlos, perdería mi razón de vivir. Estos ídolos me movilizaron, por mi propia decisión, a la autogratificación y a la altisonancia del ego, lo que me hizo caer en pecado, haciéndose ciertísimas las palabras de la Biblia en Proverbios 16:18 cuando dice: “Antes del quebrantamiento es la soberbia; Y antes de la caída la altivez de espíritu”. El pecado me había corrompido en tal forma que veía en lo físico e intelectual lo importante para mi vida. No me percataba que era una persona “religiosa” en una religión hecha por mí mismo en mi corazón, donde buscaba salvarme a mí mismo. Sin embargo, un amigo pastor me dijo: “Recuerda Joel, el Evangelio es Dios haciendo por ti lo que tú no podías hacer por ti mismo”.

Una de las áreas que Dios trajo a mi atención durante este tiempo fue la de afianzar mi identidad. El hecho de poder entender el concepto de que “no tengo que hacer” fue liberador para mi vida. Siempre crecí, desde pequeño, bajo el precepto de que para

poder ser tenía que hacer. Durante este tiempo, fue como un llamado a despertar (“wakeup call”) al hecho de que a Dios le importa más quien yo soy que lo que yo pueda hacer por Él; entendiendo así que yo no soy por lo que hago, sino que yo hago por quien soy yo para Dios, un hijo amado por Él. Es tan maravilloso poder despertar cada mañana y poder mirarme al espejo (esto lo estoy haciendo como práctica diaria creando ese hábito en mi vida) y decirme que soy un hijo amado por Dios y que mi identidad y valía jamás dependerá de lo que hare durante el día sino de lo que soy y signifíco para Él.

Otra de las áreas que Dios me trajo a memoria fue sobre el arrepentimiento. Mis últimos tres años han sido de gran quebrantamiento y dolor, pero también de ver la mano de Dios la cual me exhorto y corrigió pero que también me levanto y restauró. Fue en medio de este proceso que pude entender que, como decía Rob Reimer en su libro “Soul Care”, no sanaría hasta que estuviese más preocupado por estar bien que por lucir bien, y esto porque el orgullo era el enemigo de la confesión verdadera y de la libertad. John Bradshaw decía que “Tú solo estas tan enfermo como los secretos que guardas”. El pecado carcomió mi ser hasta que pude expresar un verdadero arrepentimiento por mis acciones. Fue ahí cuando realmente pude comenzar a caminar en libertad. En este tiempo, estoy tomando como práctica diaria, mientras conduzco a mi trabajo (específicamente cuando estoy saliendo de casa en el auto), el derramar mi corazón delante de Dios arrepintiéndome por los pecados cometidos (tristeza piadosa), no de manera general sino siendo específico en aquellos que he podido identificar como tal; sin excusas, sin negarlos, exponiéndolos tal y como son, colocándome en la

luz y admitiéndolos delante de Dios. Como hablamos en la clase, esto me ha ayudado a entender que “No hay libertad sin perdón y no hay perdón sin arrepentimiento y que esconderme solo crearía oscuridad y la oscuridad destruye el alma”. He decidido que diariamente, como dice Reimer, bajare mis escudos, creeré en el Evangelio y me colocaré en la luz con Dios y con otros.

Dentro de este recorrido, una de las áreas del cuidado del alma que más me afectó fue la que abunda sobre el perdonar a otros. Esto, específicamente hablando, sobre el proceso de crianza que me impartió mi padre. Uno de los grandes problemas que afectó mi identidad como ser humano fue la forma en que fui criado. Siempre requerían de mi un alto nivel de perfección lo que me llevaba a tener que esforzarme para complacerlos. Por eso, como antes expliqué, mi corazón fue conmovido cuando entendí que “no tenía que hacer”. Al igual como explicaba Reimer en su libro, muchas veces pensaba que necesitaba ese grado de perfección para lograr hacer lo que mi papá quería y que nunca él logró hacer. Me vi viviendo la vida que mi papá quería para mí y no la que Dios quería para mí (es importante aclarar que lo que estoy diciendo se enmarca en mi vida luego de entregarla a Cristo, en donde solo entregue una parte, pero no todo mi ser). Fue así que perdí de vista a Dios, dejé de seguir a Cristo y comencé a intentar a hacer el trabajo que solamente le corresponde a Él. He tenido que comenzar a vencer mis miedos de fallarle a mi papá y de saber que no tengo que hacer nada cuando reconozco quien soy para Cristo. Ha comenzar a sanar las heridas que mi padre me causó por su dureza extrema y a perdonarle. Este tiempo entendí que si no lo hacía la amargura iba a terminar envenenándome el alma. Fue en este punto

que apliqué lo aprendido durante la clase: recordé todo lo que Dios me perdonó; bendije a mi padre; me puse en los zapatos de mi papá (entendí en el viaje familiar a través del genograma el por qué mi papá era como era); y le ofrecí un perdón de acuerdo al nivel de su ofensa, entendiendo que esto era un acto de mi voluntad.

Durante este próximo año que se avecina he tomado la decisión de dejar a Dios que siga armando el rompecabezas de mi vida y recordando lo que decía David Benner (lo cual ha martillado mi mente desde que lo escuché): “Aunque la falsedad y los apegos excesivos de los demás parecen evidentes y fáciles de notar, nos cuesta mucho poder identificar las mentiras de nuestra propia vida”. Por esta razón tengo que día a día reconocer mi vulnerabilidad y que soy un ser quebrado, dejar que Dios me conforme a Su imagen y obedecerle en todo lo que Él me diga y dirija, sabiendo siempre que Su voluntad es buena, agradable y perfecta. He podido identificar de manera más profunda como mi miedo a fracasar y fallarle a las personas ha conformado mi vida. Es por esto que mi actuar tiene que estar basado en la fe y no en el miedo. Quiero seguir levantándome todas las mañanas declarando que yo no puedo salvarme a mí mismo y que tengo que confiar más y más en Dios y en Su perfecto amor, que Él lo redime todo y lo hace nuevo para Su gloria. Elijo de manera concienzuda que mi primera expresión diaria sea siempre adorarle a Él, aunque no lo sienta; adorar con libertad y sin cargos de conciencia; saber que, si he pecado, abogado tengo para con el Padre, a Jesucristo el Justo. Poder fijar mis ojos en Jesucristo más que en las situaciones y problemas que vengan a mi vida. Y nunca olvidar que “Dios es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad”.

Ritmo de Vida

Sé que para trabajar con áreas que Dios habló directamente a mi vida durante este tiempo tengo que establecer pasos prácticos que me ayuden a crecer en mi intimidad con Dios y cultivar una vida espiritual saludable. Estas disciplinas cristianas son una interrupción a mis hábitos corrientes para enmarcarlos en una visión más amplia de quien es Dios y Su reino. Dentro de estas prácticas diarios tengo que desarrollar las siguientes:

1. Dejar que Dios presente una mayor perspectiva de Su gracia y de Su misericordia en mi vida. Esto lo podré desarrollar con un mayor tiempo de observancia de quien es Dios para mí en mis tiempos de devoción y permitirle al Espíritu Santo ministrarme Su amor. Silenciar mi alma y escuchar a Dios.
2. Tener una mayor comprensión de la llenura del Espíritu Santo en mi vida. Esto conlleva en seguir permitiendo y creyendo que el Espíritu Santo en mi es el agente de cambio. De esta forma, buscando día a día el no caer en lo que A.W. Tozer decía de “no fabricar delicias para sustituir el gozo del Señor y producir un poder barato y sintético para sustituir el poder del Espíritu Santo”.
3. Debo desarrollar un mayor tiempo de practicar el silencio en mis tiempos de oración. Tengo que internalizar más el hecho de que la oración es más escuchar que hablar. Tener un alto sentido de valor cuando ore, sabiendo que Dios nos da poder a través de la oración cuando lo hacemos en la voluntad de Él.

4. Me propongo a releerle nuevamente la Biblia pero con una visión de reino, buscando la manera de que el Evangelio se haga más palpable en mi vida.
5. Buscaré tener dos retiros anuales en soledad con el Señor para desarrollar la contemplación en Él.
6. Intentaré lograr leerme un libro mensual que siga desarrollando y equiparándome de herramientas necesarias para desarrollar el ministerio y llamado que Dios ha hecho a mi vida (estos adicional a los que tengo que leer en el programa doctoral).
7. Seguiré dentro de mi proceso de mentoría con el Pastor Jorge Cuevas. Manteniendo nuestras conversaciones como lo hemos hecho por los pasados tres años de por lo menos una charla semanal.
8. Fortalecer nuestros tiempos de devoción familiar. Esta es un área que he estado practicando, pero necesito fortalecer, entendiendo siempre que la posición sacerdotal de la casa no es transferible ni delegable.

Estas son prácticas y disciplinas que debo desarrollarlas diariamente. Vivir el Evangelio en el hoy. Entiendo que, en medio de los procesos, Dios me insta a saber que día a día debo depender de Él y a seguir sustituyendo hábitos que, aunque no sean pecaminosos, me desvían la mirada de Él.

Hay muchas formas de poder evaluar el crecimiento de mi alma, pero la que a mí me ha funcionado por los pasados tres años es preguntar a personas que tienen el permiso de hablarme con la mayor sinceridad posible. Entre estas personas se encuentran mi

esposa, mi mentor, mi pastor y tres pastores que me conocen desde hace más de 15 años. Ellos tienen toda autoridad para evaluar mi vida y dejarme saber si mi alma está creciendo o se está hundiendo.

Plan para Reproducción de Formación Espiritual

En un sinnúmero de ocasiones podríamos pensar que el desarrollo de un plan de formación espiritual tiene que estar enmarcado en como impactaré a un grupo de personas en una iglesia a nivel congregacional. Sin embargo, y esto es a base de la experiencia personal que he tenido en tiempo recientes, he visto como la formación y discipulado individual ha sido como una pequeña flama en un bosque que esparce su fuego. He notado una verdad fundamental en este tiempo en la clase y es que no soy un líder espiritual porque dirijo cosas espirituales, sino que soy un líder espiritual porque el Espíritu Santo lidera mi vida; y que el líder es aquel que se deja moldear por Jesucristo y deja que Él dirija su vida. En este caso, me visualizo dentro del marco de grupos pequeños donde pueda desarrollar la capacidad y dimensiones de liderazgo en las personas que Dios me permita dirigir. Esto sería un grupo de no más de 7 personas y lo desarrollaría en el lugar donde, hasta ahora, Dios me ha permitido estar que es la Alianza Cristiana y Misionera de Barranquitas. Este proceso de reproducción y formación tendría que comenzar con los siguientes tópicos:

1. Comenzaría estableciendo el ADN de la Alianza Cristiana y Misionera a través de “El Evangelio Cuádruple” de A.B. Simpson (lo sé, pero lo de aliancista siempre brotará en mí).
2. Desarrollaría un fuerte énfasis en la importancia de la vida devocional del líder. Sería mezquino si no utilizara para mí un libro para atender este tópico que ha marcado mi vida: “La Búsqueda de Dios” de A.W. Tozer.
3. Establecería cuales son los principios para un liderazgo relevante. Para esta encomienda utilizaría el libro de Albert Mohler “Un líder de Convicciones”.
4. Otro de los tópicos que discutiría sería el cómo movilizar a las personas hacia el propósito de Dios. En este particular, discutiríamos lo que nos habla Henry y Richard Blackaby en su libro “Liderazgo Espiritual”.
5. Desarrollaría un estudio sobre los desafíos contemporáneos de la fe cristiana utilizando como base a John R. W. Stott.
6. Motivaría a una pasión por las misiones a través del estudio del libro “Alégrense las Naciones: La Supremacía de Dios en las Misiones” del autor John Piper.

El propósito o razón por la cual escogería un grupo pequeño es por la flexibilidad y apertura que da el trabajar en esas dimensiones. Se abre más la puerta a discusiones más íntimas y abiertas entre los participantes. Además de que me abriría la puerta para desarrollar en ellos lo que le llamamos hoy día como Cultura de Discipulado, que no es otra cosa que cumplir con la Gran Comisión encomendada por nuestro Señor Jesucristo.

Conclusión

El comienzo de este programa doctoral ha sido una montaña rusa de emociones en donde más que un mero conocimiento intelectual, Dios me ha confrontado con realidades y fisuras en mi vida que quiere seguir reconstruyendo para formar un líder en mi conforme a Su corazón. Me hizo ver que conocer la viga que hay en mi ojo no es un lujo del cual deba prescindir. Me hizo ver que cada riesgo de fe que tome lo haga para la gloria de Él, y Él se encargará de bendecirlo; que, a pesar de mis grietas y fisuras, Él me escogió, y lo hace porque el resultado final será para Su gloria. En este tiempo muchas cosas que me arropaban con vergüenza Dios me las mostró para que entendiera de una vez y por todas que Él toma lo quebrado y lo hace nuevo. Que, como dice John Ortberg, “Creer en Dios es decir que Jesús lo sabe todo y tiene razón en todo”. Dios me mostro que “Él no sólo quiere que aprenda a obedecer sino a como obedecer”. Y me mostró cuatro cosas importantes:

1. Darme por completo en lo pequeño.
2. Que a Él le interesa más quien yo soy que lo que pueda hacer por Él.
3. Que lo que yo hago no determina si mi trabajo es santo o no; sino cómo lo hago y por qué lo hago (la intención verdadera del corazón la cual Él conoce de antemano).
4. Que mi propósito debe ser más importante que la posición que pueda ocupar.

Si doy lo mejor de mí de manera consistente a Dios, Él me dará la valentía y la fuerza para poder realizar las cosas grandes. Para esto, siempre tendré que hacer morir la carne diariamente en mí, entendiendo, como discutimos en la clase que “El yugo de Cristo es aprender a permitirle a Cristo mismo vivir su propia vida en mí”. Termino diciendo algo que ya había expresado pero que para mí ha sido punto vital en medio de mis procesos: “La Buena Noticia es precisamente que esta es Dios haciendo por mí lo que no puedo hacer por mí mismo”.